

LA AMAEM MARÍAS GUERRERAS. ASOCIACIONISMO DE MUJERES Y ACCIÓN CULTURAL

Itziar PASCUAL ORTIZ

(Castelló de la Plana: Universitat Jaume I, 2014, 281 págs.)

*La historia de una mujer es la historia de todas las mujeres.
Es tu historia. Es nuestra historia. Es única e irrepetible.
Pero también es conjunta y colectiva. Es singular y plural.
Está escrita en primera persona, y vivida en segunda y en tercera.
La historia de estos hilvanados está hilada con tu presencia.
La historia de una mujer es la complicidad de muchas.
(Fragmento de *Piezas hilvanadas*, de Itziar Pascual)*

El libro *La AMAEM Marías Guerreras. Asociacionismo de Mujeres y Acción Cultural*, de Itziar Pascual es, ante todo, necesario. Viene a llenar vacíos, a sistematizar, a organizar la memoria, a clarificar y a trascender lo concreto para cuestionar muchas de las ideas preconcebidas que construyen la cultura que conocemos, la manera de mirar el mundo y, por tanto, de considerarnos, de tratarnos, de relacionarnos y de pensarnos como mujeres y como creadoras¹. Pascual ofrece en su estudio herramientas para revisar conceptos “sabidos”, evidencias de los desfases entre las leyes de igualdad y las realidades de su (no) aplicación, ejemplos de lucha y tenacidad, pensamientos de mujeres fundamentales de la historia, del asociacionismo, de la cultura y del teatro. ¿Será que queda tanto por hacer?

Vayamos por partes. Divide la autora su estudio en cinco capítulos, que se completan con los aportados de conclusiones, epílogo y bibliografía.

En *Aspectos metodológicos y teóricos* Pascual introduce al lector en los objetivos de su investigación. El primero, “desvelar las formas de desigualdad por razón de género que tienen lugar en la creación escénica para las creadoras españolas, especialmente en lo

1 En las Actas de uno de los Seminarios Internacionales del Centro de Investigación de Semiótica Literaria, Teatral y Nuevas Tecnologías (UNED), publicadas por José Romera Castillo (ed.), *Dramaturgias femeninas en la segunda mitad del siglo XX* (Madrid: Visor Libros, 2015), se dedicó una Mesa Redonda a las Marías Guerreras: tras la “Presentación” de Nieves Mateo (págs. 123-128), aparecen los estudios de Antonia Bueno, “La cristalización de la sal. Espacio, tiempo... y reposo en la dramaturgia” (págs. 129-136); Alicia Casado, “Unas notas sobre el tiempo en la dramaturgia de las Marías Guerreras” (págs. 137-140); Esperanza de la Encarnación López, “Otra forma de escritura posible” (págs. 141-144); Victoria Paniagua, “Espacio y tiempo en mis dramaturgias” (págs. 145-152) e Itziar Pascual, “Las Marías Guerreras. Una experiencia dramaturgica” (págs. 153-158).

relativo a sus condiciones salariales, laborales y materiales". A partir de este enunciado, se suceden otros relativos al asociacionismo femenino en España y a los relacionados con las artes escénicas, para llegar a la experiencia de las Marías Guerreras (AMAEM), asociación de la que Itziar fue cofundadora en 2001. También hay espacio en esta introducción para recordar los sentidos que se han dado y que hoy tienen conceptos como género, sexo, feminidad, feminismo y femenino, básicos a la hora de hacer avanzar y comprender el discurso que se propone. Un lugar también para la revisión de lo que se ha entendido por creación femenina, con especial atención a una de sus mejores representantes, Virginia Woolf que, asumiendo las dificultades, veía el futuro con optimismo y auguraba una época dorada "en la que las mujeres tendrán lo que durante tanto tiempo les ha sido denegado: tiempo libre, dinero y un cuarto para ellas". En *El arte feminista*, la autora reflexiona sobre lo que Xabier Arakistain define como "la última vanguardia del siglo XX" y recoge los testimonios sobre el tema de Marián López Fernández Cao, Katy Deepwell, Linda Nochlin, Helena Reckitt, Gemma Lorenzo, Eva Cruells, Gisella Ecker, y Amelia Valcárcel, entre otras.

Así llegamos al capítulo *La desigualdad por razón de género en la creación teatral*. A partir de Ley Orgánica de Igualdad Efectiva entre Mujeres y hombres de 22 de marzo de 2007, Pascual se propone estudiar "su aplicación concreta en el ámbito de la creación y la cultura, así como del seguimiento de la aplicación de la citada Ley". Comenzando por un análisis general de la situación de la mujer en el ámbito laboral - donde la discriminación queda demostrada-, la autora se detiene en el campo de las artes escénicas, donde de nuevo encontramos que la igualdad está todavía muy lejos de conseguirse. Estudios como el Informe Prat, ceñido a la realidad francesa; las investigaciones de Deborah Dean, más recientes y sobre los 21 países de la UE; en España, los trabajos de la Fundación AISGE y Projecte Vaca; arrojan cifras y despejan cualquier espejismo de igualdad, mostrando la existencia y la consistencia de ese "techo de cristal" al que se refiere Amelia Valcárcel.

Estudiar al fenómeno del asociacionismo de mujeres como movimiento transformador es el propósito del siguiente capítulo. Para ello recuerda la autora las líneas fundamentales de la historia del asociacionismo en España, deteniéndose con especial cuidado en María Lejárraga, fundadora de la Asociación Femenina de la Educación Cívica durante la II República y ejemplo de cómo creación y compromiso pueden caminar juntos. Con la dictadura, llegará el silencio y la pérdida de importantes conquistas, entre ellas, la incipiente presencia o, mejor, la irrupción de la mujer en la vida pública, en la cultura y en la ciencia. Tras la guerra civil, el franquismo. Serán años de imposición, de confinamiento; otra vez, la mujer será relegada al mundo -reino, se decía- del hogar. Cosas del destino, el año de la muerte de Franco, el 75, será también el Año Internacional de la Mujer. Comienza la transición y con ella una eclosión de los movimientos feministas ante una tarea ingente. Conviene recordar, como señala Pascual, que hasta la nueva constitución del 78, todavía el adulterio es un delito y el uso de anticonceptivos está penalizado. De

nuevo, la autora recoge las reflexiones de distintas teóricas –principalmente, de Amparo Moreno, Concha Faoaga, Teresa Yeves y Soledad Murillo– sobre esta recuperación y renovación del asociacionismo femenino, uno claramente reivindicativo y otro más interesado en fines deportivos, de ocio, vecinales, etc... Las décadas 80 y 90 verán cómo, junto a la escisión de los feminismos, se dispara el asociacionismo de mujeres a la vez que se incrementa su participación en otras agrupaciones mixtas. Todo ello promovido por las políticas de igualdad de distintas administraciones – de manera especial en el ámbito local-, al impulso de estas políticas en el contexto internacional y quizá también a la toma de conciencia de las mujeres sobre su propia situación y el valor estratégico/ transformador de las alianzas.

En la siguiente parada de este viaje, Pascual plantea una *Aproximación al teatro creado por mujeres en la segunda mitad del siglo XX y principios del XXI*. Espacio para recordar significativas iniciativas, empezando por la primera y única edición de la Muestra Internacional de Teatro Feminista, promovida y organizada por Lidia Falcón en 1987; o los Encuentros de Creadoras de Cádiz, fundados por Margarita Borja en 1996 y celebrados, desde entonces, en el marco del Festival Iberoamericano de la ciudad. Estos últimos, tanto en su carácter teórico como en su dimensión práctica, particularmente eficaces para la visibilidad y el reconocimiento de las creadoras de los dos continentes. En el marco del asociacionismo escénico internacional, la autora destaca el Magdalena Project, creado por Jill Greenhalgh en Gales (1986) y convertido hoy en una red internacional, que combina magistralmente la investigación con la exhibición, la creación con la denuncia de la desigualdad. La Fortaleza de la Mujer Maya (FOMMA), fundada por Petrona de la Cruz Cruz e Isabel Juárez Espinosa en San Cristóbal de las Casas (1994) en Chiapas, es otra experiencia que Pascual quiere poner en valor como “ejemplo de la creación de mujeres en la consolidación de los derechos humanos y su aplicación concreta, en la mejora de la calidad de vida de las mujeres, el acceso a la educación, la cultura, la autonomía económica y personal y la práctica del *empoderamiento*”. Se cierra este capítulo con la reseña de una producción singular, la que abordó la compañía andaluza Atalaya (TNT, Centro Internacional de Investigación teatral); nos referimos a *La casa de Bernarda Alba*, dirección y dramaturgia de Pepa Gamboa, con las mujeres gitanas del asentamiento chabolista El Vacie.

Dedica Itziar Pascual el quinto y último capítulo de su libro a la AMAEM Marías Guerreras. Es éste un análisis que obliga a mirar atrás, a hacer balance del trabajo de una Asociación de la que fue cofundadora y de la que se ha desligado recientemente. Si bien se recuerdan antecedentes –como fueron la Asociación de Dramaturgas Españolas (ADE) de 1987 y el Teatro de las Sorámbulas alicantinas de 1995- y se destaca el valor de otras entidades hoy en activo -Proyecto Vaca, de Barcelona, y Dones en Art, de Valencia-, pronto llegamos a la historia de las Marías Guerreras. Tras muchas reuniones, conversaciones

y debates nacería la Asociación de Mujeres de las Artes Escénicas en 2001 cuya acta de constitución firmaban Carmen Gómez de la Bandera, Itziar Pascual, Emma Aguirre, Ilda Pizzimenti Fava, Asun Bernárdez Rodal, Rosa Casado Arroyo, Marie Lourties, Cristina Fernández Samaniego, Dolores Cantero Muñoz, Esperanza de la Encarnación López Tamayo, Carmen Cristóbal Gil, Pilar Aranda García, Nieves Mateo López, Elena Octavia Álvarez y Cristina Regueira.

El nombre de Marías Guerreras quería ser un homenaje a la que fuera gran actriz y mujer de teatro y a la vez un signo identitario del carácter “peleón” de la nueva asociación. El propósito, en palabras de Pascual, “visibilizar la creación escénica de mujeres, con especial atención a aquella que implica un marco de investigación contemporánea”. Los caminos para conseguir este objetivo han sido muchos. Empezando por la concepción misma de los mecanismos de funcionamiento, que junto a una Comisión de Garantías- un órgano mediador, encargado de la defensa de los intereses de las socias ante posibles conflictos internos- establecía la formación de equipos de trabajo, responsables de la elaboración de distintos proyectos (artísticos, de reflexión o de organización) en línea con los objetivos de la asociación.

Imposible eludir el tema de los recursos, de las dificultades económicas para sostener y gestionar una asociación que se quiere independiente. Imposible no reconocer el valor personal y colectivo de estas “guerreras” –herederas de tantas voces-. Imposible también no sorprenderse ante el trabajo realizado: dieciséis espectáculos teatrales, diversas manifestaciones performativas, organización de ciclos de actividades, lecturas dramatizadas, participación en festivales, en foros y en congresos, publicaciones, homenajes, conferencias, investigación, talleres y seminarios...

Importante también la reflexión en torno a los lenguajes escénicos y al modo de abordar la creación escénica: desde los procesos de creación a partir de piezas breves hasta el tratamiento de los personajes, casi siempre femeninos. El uso de la palabra, de la danza, del canto y de los materiales audiovisuales. Y dos ejemplos: *Tras las tocas*, donde Medea, Salomé, Adela, Ifigenia, María, Laurencia y Bernarda se descubrirán, recordarán, se rebelarán, dirán lo que nunca dijeron y conseguirán así librarse del mito para construir un nuevo presente, distinto. En *Exorcismo de Sirena* se aborda un tema desgraciadamente actual, los abusos sexuales a menores y sus secuelas, a partir de la historia de Soledad.

Otro personaje, esta vez, la Yerma de Lorca, decía: “Hay cosas encerradas dentro de los muros que, si salieran de pronto a la calle y gritaran, llenarían el mundo”. Itziar Pascual, y no le faltarían razones, prefiere no gritar, o quizá lo hace a su manera. Como investigadora y como dramaturga, una vez más, desde el rigor, la serenidad, la emoción y el compromiso, rompe el silencio, y da voz, y nombra. Y a la pregunta que nos hacíamos al comienzo de esta reseña, Pascual parece responder: “Sí, queda mucho -¡tanto!- por hacer”.

Ángela Monleón